



# LIBROS

## ETICA NICOMAQUEA

Por Fausto VEGA

**A**SI como la filología no es el fuerte del Dr. Gómez Robledo, el mío no lo es el griego y si cometo la osadía de esta nota, váleme únicamente, el deseo de testimoniar doble agradecimiento, a la Universidad principalmente aunque por su tradición humanista convengamos en que ha cumplido con su deber, y, después, al traductor, que, sin la compulsión de aquella, ha conseguido, sin desconocer antecedentes, satisfacer las "exigencias del lector moderno" descontento con las traducciones de Petro Simón Abril y la de Patricio Azcárate, con la versión a español bien sonante, de la Etica Nicomaquea que enriquece la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana.\*

Dejemos, por descontado, que los entendidos den fe de la correspondencia entre el texto griego y el traducido, para que, más modestos, glosemos la jugosa Introducción que el Dr. Gómez Robledo nos depara. Comienza por advertirnos que los originales del filósofo no estuvieron destinados a la publicación, sino que fueron apuntamientos escolares recogidos y publicados por el hijo del filósofo Nicómaco y por su discípulo Eudemo y de ahí el nombre de estas éticas, en las que consecuentemente falta, "el flumen aureum", de los diálogos aristotélicos, "que enardecía a Cicerón, y por su conducto a San Agustín", aliento, que en los fragmentos que se conservan es advertible y que, de paso, empujan al

doctor a asestar un coscorrón a los fenomenólogos. Encarece que esta falta de nervio literario, no impide que Aristóteles sea "El príncipe eterno de los verdaderos pensadores", y recomienda que "sepamos entender los textos en función del magisterio viviente a que debían servir", pues a menudo encontramos insistencia en los pormenores y descuido en las afirmaciones más importantes, lo que se explica si, otra vez, y en atención a lo recomendado, reparamos en que un profesor no tiene por qué extenderse en sus guiones de clase, en aquellos de que está convencido o lo están sus alumnos, y sí, en cambio, "le es menester trazar con todo pormenor el plan argumentativo en cuestiones secundarias dudosas o disputadas". Otra razón, quizá más importante, es la hipótesis de que Aristóteles, por tibieza como diremos nosotros, o por no ser "precisamente un temperamento heroico", como afirma el doctor, o por discreción como otros insisten, no quiso hacer patentes argumentos que disgustaran a sus contemporáneos, sabedor de la suerte de Sócrates y de su suegro Hermias; "el hecho es que ciertas proposiciones suyas, directamente hostiles a los prejuicios y pasiones de la ciudad antigua, son persistentemente encubiertos o velados a lo largo de todo un tratado, y no es sino hasta su conclusión cuando aparecen por fin en toda su dramática y fugitiva claridad". De *motu proprio* añadimos que esto ocurre cuando previamente hemos interpretado la obra, pues, por ejemplo, en la Etica Nicomaquea, seguiremos desde la definición del bien hasta la antesala de la Política, ya que en ella rebata

"la filosofía de las cosas humanas", y, solo de ellas, en este libro, se ha ocupado el filósofo, sin que tengamos que aguardar ningún fulgimiento heterodoxo contra las ideas profesadas por sus coterráneos. Platón también culminaba en su filosofar con la inteligencia del Estado y la Justicia, y hasta puede ser, que Aristóteles, resulte más platónico de lo que comúnmente pensamos si nuestro apego a la dicotomía filosófica tradicional no perturbara el limpio fluir del pensamiento helénico. Pero dejemos esto de lado y continuemos con la Introducción. El Dr. Gómez Robledo desmiente enseguida mis atrevidas afirmaciones: "Porque una ética como la aristotélica será todo lo helénica que se quiera en muchos de sus aspectos, y aun si se quiere en la mayor parte de su material temático; pero por lo menos en su más alta cima, en la perfección humana concebida como contemplación de Dios y afán de inmortalidad, se enfrenta de lleno al temor sobrecogedor del hombre antiguo ante los "celos de los Dioses" y a la primacía incontrastable de los intereses y la religión de la ciudad". No pensó de otra manera Platón, aunque sin el mismo aparato lógico en el Fedón y en el libro Décimo de las Leyes, donde desenvuelve lo que ya estaba explícito en la religión de los pitagóricos.

La deshelenización de Aristóteles por la que propugna el Dr. Gómez Robledo, fundada en "la tradición secular de la hermenéutica lo obliga a tomar partido y decimos que no basta la simple lectura de los textos, pues ellos requieren de la autoridad de los comentadores"... Porque el texto solo no tiene una virtud mágica que haga luego patente todo su sentido, y añade: "es no más que una invención de última hora, cartesiana y protestante, la de creer que uno solo, en su cuarto y con su estufa puede acometerla con todo". Esta afirmación es cierta en parte, pues las autoridades lo son relativamente a la posición que previamente se haya aceptado, y hay quien prefiera a Porfirio y a Amonio que a Jaeger o a Burnet, y serán, unos u otros, los que sostendrán a cada cual en los puntos de la irreconciliable disputa.

Discrepa el traductor de que se considere al filósofo, como lo quiere Jaeger, desclavado de su pensamiento teológico y en semejanza con la ley de los tres estados. Desea, que el Aristóteles científico no pierda su suelo metafísico y con ello la "unidad radical" de su pensamiento. En la demostración, argumenta con Burnet, Ste-

wart Ollé-Laprune, Leonard, Margeritte y Mansion, aunque esta lista tenga su contrapartida en Diderot, en Boutroux, en Cuvier, en Lamarck, en Darwin, o en Driesh, según la conformidad del juicio y la disciplina elegida.

Arduo problema de filósofos y filólogos ha sido establecer la unidad de los textos, ya que parece que la Etica Nicomaquea es rectificadora de la Eudemia, pues en ésta hallamos la "expresión incomparable de la más ardiente religiosidad, casi inconcebible en el mundo antiguo, no solo por la unicidad de Dios—ahí abiertamente proclamada— sino por el carácter íntimo y filial de la relación afirmada ahí también entre Dios y los hombres", mientras que en la publicación de Nicómaco, Jaeger encuentra el despego de Dios y la recurrencia a lo inmanente, al juicio del prudente, que es el único y último, según la sabia interpretación del pensador alemán. El Dr. Gómez Robledo, argüirá contra esta discrepancia, que le parece aparente, y da como prueba el que los libros Quinto, Sexto y Séptimo, con excepción de los capítulos once a catorce del último citado, hayan sido incluidos en la Eudemia y no como piensa Jaeger, que deben ser considerados en la Nicomaquea. La autoridad de los revisores que adjudicaron incorrectamente los textos de una ética a otra, le parece demostración plena del acuerdo que existe entre ambos libros. Por otra parte recurre a los mismos textos, para mostrar que Jaeger, no estuvo muy feliz en la confrontación realizada, aunque él mismo conviene que existe "un orteguiano Dios a la vista en la Etica Nicomaquea", preferido por Jaeger en su conferencia *Humanismo y Teología*, y nos recomienda que leamos las Éticas "sin más preocupaciones, ... como la ética aristotélica pura y simplemente; ética que es una, aunque elaborada sucesivamente en creciente demanda de perfección".

No nos detendremos tan puntualmente en lo que sigue de la Introducción, que, no obstante de su crecido interés, es la parte escolar y preparadora de la materia pues no es propio de una nota substituir lo que corresponde al esfuerzo del estudiante. Sólo anotaremos la noción, que el Dr. Gómez Robledo considera, desde su punto de vista, la clave del pensamiento de las Éticas: la del Acto; "esta es para mí la intuición fundamental de Aristóteles, si es verdad, como quiere Bergson, que cada pensador tiene una intuición de la cual emerge toda la flora de las proposiciones concretas" y prosigue entusiasmado

\* ARISTÓTELES, *Etica nicomaquea*. Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana. Imprenta Universitaria. México, 1954. 658 pp.

que ésta intuición es "a la par ontológica y axiológica" y que "... Contrastado con la potencia pasiva, el acto es lo mejor, y tanto más cuanto menos tenga de aquella, de suerte que en el Acto Puro ser y valor se identifican, ambos en su más alto momento". Quizá si nosotros tuviéramos que hacer la elección a que se ha obligado el Dr. Gómez Robledo, escogeríamos la intuición dialéctica de la que es corolario el Acto Puro.

No podía faltar en una traducción Aristotélica efectuada por pensador católico, la consiguiente acometida contra Kant, que ha hecho "... tragar a los filósofos cosas enormes que jamás habrían engullido de habérselas dado otro que un filósofo alemán". Y estas enormidades son la confusión, según nuestro comentario "entre el eudemonismo de Aristóteles y el hedonismo de Aristipo", y la de ser una "sombria y grandiosa ética del Deber", propia de la sociedad burguesa corrompida que no "ha conocido otras vivencias que la del placer sensual llevado hasta la exasperación o la del deber sin límites al servicio de una comunidad que le reclama todo sin molestarse en persuadir a la inteligencia". Es innecesaria la apelación que Kant hizo de la libertad y de la necesidad de Dios, que seguramente, el Dr. Gómez Robledo ha querido olvidar.

Volvemos a nuestro principio para reiterar nuestro agradecimiento por esta traducción limpia y legible, sin que olvidemos que *si los hombres son amigos, está de más la justicia*.

MAURICIO MAGDALENO, *El ardiente Verano*. Letras Mexicanas, 17. Fondo de Cultura Económica. México, 1954. 238 pp.

Integran este volumen trece cuentos, el primero de los cuales da su nombre al libro. El nombre del autor está ya consagrado como novelista y cuentista, pues desde hace cosa de veinte años viene cultivando el relato, con éxito parejo en sus distintas manifestaciones.

Los temas que el autor prefiere son los que están conectados con la Revolución mexicana, que tan copiosa bibliografía ha acumulado. Y como para mostrar que el venero tiene aún mucho de utilizable, en ocho de los cuentos agrupados en este libro, Magdaleno utiliza asuntos que giran alrededor del fenómeno revolucionario. "Las víboras" y "Palo ensebado" se desarrollan en los tiempos inmediatamente anteriores a la lucha armada, en ese campo tranquilo pero explotado, en que se escribieron tantas his-

torias de ignominia y explotación. En ellos se destaca, por encima de todo, el carácter firme, austero, de entereza masculina, pero también feudalista y cruel, de dos hacendados poderosos. En verdad su tamaño se acerca mucho a las dimensiones de los personajes centrales, por el trazo firme y sostenido con que están dibujados y que les hace predominar en cierto sentido sobre todos los demás. "Cuarto año", "Las carretelas", "El caimán", "El héroe de Peñuelas", "Teponaxtle" y "Leña verde" tienen por escenario a Aguascalientes y a otras poblaciones pequeñas del centro del país; todos tienen algo que ver con algún episodio de la lucha, con la Convención revolucionaria o con la rebelión llamada de los cristeros, es decir, todos ellos están dentro de la órbita de la Revolución. En cambio, se sitúan en época posterior y podrían denominarse urbanos "Estrellas de noviembre", "Pasos a mi espalda" y "Viernes Santo en Ixtapalapa"; "El ardiente verano" tiene su inspiración en la aventura de los mexicanos desarraigados de su país que se instalan en Estados Unidos de Norteamérica y es, junto con algún otro, el único que presenta un desenlace feliz.

El mérito mayor del libro reside en la estructuración de las narraciones. El autor domina la técnica del relato y tiene un sentido muy justo de las proporciones. Nunca queda la acción en el aire, ni deja de pesar esa conexión interna que presta unidad a cada obra y que tan difícil es de alcanzar, porque implica el dominio cabal de los personajes y su ubicación exacta en la trama así como la intensidad y duración de los episodios. En este sentido el control de la pluma es completo, y lo mismo sucede en la conclusión que en cada caso se siente en su lugar y que resuelve, cuando el desarrollo del cuento lo exige así, las complicaciones que han ido surgiendo al correr de la trama.

Entre los personajes hay de todo: hacendados de porte y comportamiento señoriales, campesinos subyugados a un amo, o levantados en armas que sufren el rigor del bautismo de fuego; maestros de escuela, alumnos a punto de salvar la barrera definitiva que separa a la niñez de la adolescencia, soldados de fortuna, bandoleros, hombres de empresa, fonderas y quincalleros, etc., lo que en cada caso presta variedad a las escenas aunque coincidan a veces los escenarios y, también, la dimensión espiritual propia de cada personaje que siempre es determinante. Nadie puede dejar de lamen-

tar, aunque sólo sea en su fuero interno, la fatalidad que abate la vida apasionada del oficial Redín, ni de aplaudir la entereza del mayor Máximo, personaje que merece ser el protagonista, ya no de un cuento, sino de una novela.

Por lo general, en estos cuentos campea la miseria, que con mucha frecuencia se complica con la embriaguez y que casi siempre se resuelve en una o más muertes, como sucede con más regularidad que la debida en este tipo de producción de la literatura hispanoamericana. ¿Será que estamos todavía tan dentro de una etapa de violencias que el cuento y la novela no pueden librarse de ella? ¿Acaso nuestras miserias se agotan sólo en la muerte? ¿O es que todas nuestras demás tragedias nos son perfectamente naturales? ¿Qué es lo que nos hace desembocar en la muerte como solución única y final?

El lector purista, no obstante los méritos de la obra pondrá reparos a algunas expresiones que el autor, en su afán de acercarse lo más posible a una realidad vívida y trascendente, pone en boca de sus personajes. Aparecen, por ejemplo, en "El ardiente verano", términos y aun construcciones que habrán de condenarse. Pero es que el autor los cree necesarios a fin de ofrecer en todos sus matices ese ambiente híbrido en que viven los compatriotas arraigados de aquel lado de la frontera y que, siendo mexicanos por la sangre, aspiran a disfrutar de un *status* norteamericano y han creado una categoría étnica especial de la que se enorgullecen, y que sólo abandonarían ante la inminencia de una catástrofe. Tal vez no conocen el apotegma de Martí: "Hagamos nuestro vino, y si sale agrio, es nuestro vino..."

C. V. G.

ARTEMIO DE VALLE ARIZPE, *Papeles amarillentos. Tradiciones, leyendas y sucesidos del México virreynal*. Editorial Patria, S. A. México, 1954, 248 pp.

Se trata de una serie de cartas apócrifas que creó la fantasía de Valle Arizpe apoyada en su afecto por las tradiciones, leyendas y documentos históricos del México virreinal. Los corresponsales surgen de diversas épocas. La primera epístola es la de un fraile franciscano que escribe a su familia en tiempos de la fundación de la ciudad de México, la última la redacta un tal Adeodato Lebrija, quien se queja de Fernando VII. Pero el autor del volumen iguala las caracte-

ísticas gramaticales de los diferentes redactores, a fin de facilitar su lectura. Y si en los sucesos no hay anacronismos, en cambio un mismo temple de ánimo embarga a las plumas de épocas remotas. Tienen similares puntos de vista, actitudes idénticas ante la vida, un criterio igual para juzgar las cosas de su época, así que causan la impresión de ser un solo testigo puesto en un punto del pasado, o más bien en un pretérito indefinido, y que los arcaísmos son el lugar común, la fuente retórica en que se nutren.

La virtud más desarrollada de Valle Arizpe es la catalogación de las cosas de la Nueva España, que ejerce con amor y espíritu de orden. Y divierte a los lectores en su rebusca de hechos y sucesidos curiosos que en la perspectiva del tiempo adquieren un carácter verdaderamente cómico.

El motivo principal de muchas de estas cartas es la descripción de algunos festejos públicos que tuvieron lugar para asombro de propios y extraños. Las cartas comienzan por una digresión en la que se informa sobre la salud de la familia, estado de fortuna o otras nimiedades por el estilo, para luego entrar en materia histórica. Por ejemplo, el Paseo del Pendón con el que se celebraba la victoria de los conquistadores españoles en la toma de la ciudad de México, o bien alguna fiesta religiosa, como el Corpus. Desde luego, que el lujo de detalles es la característica principal.

En otras, se reviven antiguas pasiones políticas. Así Adeodato Lebrija abunda en adjetivos peyorativos en contra de Fernando VII, lo llama bribón, menguado, marrajo y cobarde, y otras muchas cosas que constituían el color local de nuestro idioma en el siglo XIX. El criollo, Diego de Pastrana, se queja del mal gobierno de los Virreyes, se burla de la Inquisición y predice el triunfo de la causa del cura Hidalgo. Lisandro Balarezo simplemente se divierte con las pragmáticas del virrey Berenguer de Marquina, puritano que aplica todo el rigor de la ley a quienes bailan el "jarabe gatuno", baile popular que comparado con nuestros bailes modernos resulta ingenuo; pero que al Virrey le pareció muy inmoral y calificó sus movimientos de: "impúdicos, agitaciones provocativas, al son de una musiquilla bulliciosa, a cuyo ritmo acelerado se acomodaban aquellos meneos lúbricos y mi! sacudimientos de hombros y caderas, así como los grotescos ademanes, acompañados de mil gesticulaciones chistosas..." A los transgresores se les condenaba